

Boletín económico semanal Auralis News | 16-22 de marzo de 2026

Introducción

La semana del 16 al 22 de marzo dejó una sensación bastante clara en la economía mundial: el foco sigue puesto en la guerra con Irán, en el petróleo y en lo que todo eso puede terminar haciendo con la inflación y con el crecimiento. No fue una semana de grandes giros de política monetaria, pero sí de mensajes importantes: la Reserva Federal, el BCE y el Banco de Inglaterra prefirieron esperar y observar antes de mover ficha.

Ese compás de espera tiene lógica. La inflación no se ha descontrolado, pero tampoco está lo bastante domesticada como para que los bancos centrales se sientan cómodos relajando su postura en medio de un nuevo shock energético.

Guerra y petróleo

La guerra siguió siendo el gran asunto económico de la semana, no solo por su dimensión geopolítica, sino porque el mercado del crudo continúa funcionando como el principal canal de transmisión hacia el resto de la economía. Mientras persista la incertidumbre sobre el estrecho de Ormuz y sobre la seguridad de parte de la infraestructura energética de la región, el petróleo seguirá moviéndose con una prima de riesgo elevada.

Durante estos días, el Brent se mantuvo por encima de los 100 dólares por barril y el WTI cerca de esa zona, muy lejos de los niveles previos al conflicto. No estamos ya en la primera reacción de pánico de comienzos de marzo, pero tampoco en un entorno estabilizado: lo que hay ahora es una tensión más persistente, menos espectacular, pero quizá más incómoda para la economía real.

Las liberaciones coordinadas de reservas estratégicas han servido para contener parte del golpe y evitar una espiral todavía más brusca. Aun así, el mensaje de fondo del mercado es prudente: nadie da por resuelto el problema, y varias entidades han revisado al alza sus previsiones para el crudo este año, aunque con la expectativa de que, si el conflicto no se amplía más, el precio pueda moderarse gradualmente en los próximos meses.

Estados Unidos

En Estados Unidos, la atención estuvo puesta sobre todo en la Reserva Federal y en los nuevos datos de precios de producción. La Fed mantuvo los tipos en el rango del 3,50% al 3,75% y transmitió una idea bastante reconocible: la economía aguanta, el mercado laboral sigue razonablemente firme y la inflación aún exige prudencia.

Más revelador quizá fue el tono de las proyecciones. El escenario que dibuja la institución no es el de una economía en apuros inmediatos, pero tampoco el de una desinflación tan cómoda como para justificar varios recortes rápidos de tipos; de hecho, la previsión mediana sigue apuntando a un solo recorte en 2026, y parte del comité contempla incluso no moverlos en todo el año.

A eso se sumó un PPI de febrero más fuerte de lo esperado, con un avance mensual del 0,7% y una tasa interanual del 3,4%. No significa por sí solo que la inflación vaya a rebotar con fuerza, pero sí recuerda que las presiones de costes siguen ahí, sobre todo cuando la energía vuelve a encarecerse. La lectura más razonable es que Estados Unidos no está en una situación mala, pero sí en una fase

delicada: suficientemente sólido como para evitar alarmas, aunque no lo bastante despejado como para abaratar el dinero deprecia.

Europa y Reino Unido

Europa llegó a esta semana con menos margen que Estados Unidos y eso se notó tanto en el discurso del BCE como en el del Banco de Inglaterra. El BCE mantuvo los tipos sin cambios y reconoció algo que ya parece evidente: el conflicto eleva el riesgo de más inflación por la energía, pero también empeora las perspectivas de crecimiento.

Ese equilibrio es incómodo porque obliga a convivir con dos problemas a la vez. Si el BCE afloja demasiado pronto, arriesga credibilidad en la lucha contra la inflación; si mantiene una postura dura demasiado tiempo, puede agravar una economía que ya venía creciendo con poca fuerza. De ahí su insistencia en actuar reunión a reunión, sin prometer por adelantado ni bajadas ni plazos.

En el Reino Unido, el panorama fue parecido. El Banco de Inglaterra mantuvo el tipo oficial en el 3,75% y dejó entrever una economía prácticamente plana, con crecimiento muy modesto y una situación laboral menos robusta que hace un año. No es un cuadro de crisis abierta, pero sí de fragilidad evidente: si la energía se mantiene cara durante demasiado tiempo, Reino Unido y la eurozona tienen más papeletas que Estados Unidos para notar antes el desgaste.

China y visión global

China aportó la nota relativamente más positiva de la semana. Los datos de enero y febrero mostraron unas ventas minoristas algo mejores de lo previsto, una producción industrial más fuerte y una inversión en activos fijos que vuelve a crecer, señales que sugieren que el arranque de 2026 está siendo algo más firme de lo que muchos temían.

Conviene no exagerarlo. La mejora existe, pero sigue siendo parcial y desigual, con el sector inmobiliario aún débil y con una economía muy expuesta al coste de la energía y a la demanda externa. Aun así, para la economía mundial no es una mala noticia que China ofrezca algo de soporte en un momento en el que Europa sigue débil y Estados Unidos se mueve con cautela.

La impresión general de la semana es bastante nítida: la economía global no ha entrado en una fase de desorden completo, pero sí ha perdido parte de la tranquilidad con la que había comenzado el año. Hay resistencia en algunos datos, hay bancos centrales que todavía conservan margen y hay incluso señales algo más constructivas en China, pero el petróleo sigue siendo la variable que lo condiciona casi todo. Si el conflicto no escala más y el mercado energético empieza a normalizarse, el daño puede quedar contenido; si ocurre lo contrario, la segunda mitad de la primavera será bastante más exigente para gobiernos, bancos centrales, empresas y hogares.